



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13028

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIERCOLES 5 DE JULIO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

El arsenal

Malos vientos corren para el pobre astillero. Los pesimismoes se condensan y ya van siendo pesadilla dolorosa a cuya influencia no escapa pensamiento alguno. ¿Qué va a ser de este pueblo?

Al abrir Villaverde las Cortes y leer el ministro de Marina su proyecto de escuadra, una oleada de alegría vino a barrer los tristes pensamientos que hacía concebir el estado actual del astillero. Ante los ojos se abría risueño el porvenir; habría trabajo y como trabajo quiere la maestranza y el temor de que se agote constituye su pesadilla, los corazones se ensancharon, recibiendo aquel hanto de esperanza que ofrecía larga y constante ocupación.

Mas sobrevino la cuestión política. Dividióse el partido gobernante. La mayoría derroto a Villaverde y al caer el distinguido economista, cayeron tambien sus proyectos y con ellos el de formación de la futura escuadra.

Ya no hay que esperar que se hagan acorazados, ni cruceros; ya hay que pensar solo en que se va acabando el «Cataluña» y en que al estar éste en condiciones de prestar servicio marcara el instante de algo en que no se puede pensar sin temor.

¿A qué volver sobre ese caso triste por nosotros tantas veces explicado? ¿A qué esforzarnos en probar que la carencia de trabajo en el arsenal de la Nación significa un desastre para esta ciudad? Todo el mundo lo sabe; todo el mundo lo piensa; todo el mundo ve como se adelanta ese momento, que no viene solo sino acompañado de la desesperación y del hambre. Todo el mundo esta bien penetrado de que se acercan para esta población horas crueles, de amargu-

ras hondas, de tristeza infinita, tal vez de peligros, si desde las alluras no se atiende a evitar que todo eso suceda.

El partido liberal, ahora en el poder, tenía otro proyecto de formación de escuadra. Un prócer, figura distinguida en la colectividad, que lleva el nombre de un ilustre marino—Colon—y un título que se basa en la gloria de aquel, el título de Duque de Veragua, fué el primero en ocuparse de los asuntos de Marina en aquellos tiempos subsiguientes a nuestro desastre colonial. Si aquel pensamiento subsiste se alejara el temor; renacera la esperanza de trabajo; sera pasajero el mal presente, pero no por eso renacera la calma.

¿Qué ha de renacer si está perdida? Para que renaciera seria necesario la promesa de que el astillero no se cerrara, de que no seran despedidos los trabajadores en monton.

Pero ¿quién la hace? ¿Quién promete que una vez terminado el «Cataluña» habra trabajo para la maestranza?

TIJERETAZOS

Ahora resulta que el acorazado ruso rebebe no está reudido, sino que camia por sus respetos.

Y resulta además que los buques leales solo se atreven a decirle, pero no a hacerle nada.

Es decir: como atreverse si se atrevieran; más pudiera no obedecer la gente, y...

Hay planchas que ponen en ridículo. Hay otras que cuestan la vida.

Y la que pueden hacer los jefes de la escuadra rusa, obligando a sus subordinados a usar la violencia con las tripulaciones sublevadas, pertenece á ese género.

«Bien vengas mal, si vienes solo» dijimos anteyer para el cuello de nuestra camisa al saber que habia en Barcelona casos sospechosos.

Y efectivamente; por esta vez al me-

nos, el refrán es de una verdad desesperante.

En Madrid ha aparecido el tífus.

En Valencia también.

Vamos, ya tenemos comidilla para este verano.

Y como hay que aperechugar con la higiene, declarada, diosa en el altar de la salud, pongamos las barbas á remojo y venga lo que quiera, por la vía catalana, por la de la corte ó por la de Valencia del Cid.

LA PESTE BUBÓNICA

Notas médicas

Como quiera que nuestros lectores están ya bien enterados, por las noticias que cotidianamente publicamos, de los casos de peste bubónica que se suponía existían en nuestra capital, así como del halagüeño resultado de los análisis llevados á cabo, tocamos ahora, y sólo á guisa de actualidad, decir algo de lo que la peste bubónica es, y de la opinión que la moderna ciencia médica tiene formada de dicha enfermedad.

Es ésta una de las dolencias que más víctimas ha causado por sus terribles estragos llamando la atención de los médicos y siendo el terror de las gentes de todas las edades.

Su antigüedad se remonta á una época muy lejana, puesto que Rufus de Ephesus menciona su existencia en Egipto y Siria, tres siglos antes de la era cristiana. Desde esta época no hay un autor notable en Medicina que no cite en sus obras algunos de estas mortíferas epidemias; así en el siglo VI, reinando Justiniano, aparece en el Bajo Egipto, emigrando á Constantinopla, y de allí se trasladó á Marsella, propagándose por casi todo el mundo habitado, siendo el azote mayor de los conocidos.

Desde el siglo XI al XV se registran 32 epidemias en Europa, mereciendo especial mención la que se presentó en el siglo XIV, por haber causado la muerte á la tercera parte de la población europea, pudiéndose lograr, después de no pocos esfuerzos y gracias á ciertas medidas higiénicas, acantonadas en algunos puntos del gofo Pérsico, Turquia Asiática ó ludostán, prueba evidente del poder que la higiene (que por cierto era en aquellos tiempos bastante primitiva) tiene para combatir las más graves dolencias humanas.

Y para terminar estos ligeros apuntes históricos, nos ocuparemos, á grandes ras-

gos, de la última epidemia ocurrida en Oporto en Julio de 1898, cuyo origen fallaba en Bombay, en donde reinaba endémicamente desde el año 1896, y desde allí, atravesando el canal de Suez, produjo dos focos infecciosos, en Alejandría el uno y el otro en Egipto, desde donde se trasladó por medio de un buque á Londres, donde no llegó á tomar incremento, gracias al tratamiento higiénico de sus habitantes y las racionales y enérgicas medidas higiénicas tomadas por las autoridades de dicha población, que dictaron tan acertadas disposiciones que merecen ser detalladas; á la llegada del buque que transportaba la peste bubónica, se ordenó el traslado de toda la tripulación, sin distinción de clases ni categorías, á un hospital de madera que, debidamente aislado, se había improvisado en la costa, y el barco fué sumergido en an rición, no frecuentado del puerto, siendo puesto á flete al cabo de una larga temporada y destinado nuevamente al servicio público previa una rigurosa desinfección; en cuanto al pequeño hospital improvisado una vez terminada su misión, fué destruido por las llamas.

Mas no sucedió lo mismo en Oporto, ya porque las autoridades no fueran tan prácticas, ó porque apercebidas tarde del peligro, no pudieran evitar el desarrollo de la epidemia; pero gracias á las precauciones adoptadas, hijas todas ellas de los progresos médicos, fué prontamente dominada la peste, causando, en comparación de las epidemias anteriores, muy pocas víctimas.

A pesar de presentarse anualmente algunos casos de dicha infección en Oporto, sus habitantes no se alarman, por tener el pleno convencimiento de que bastan adoptar enérgicas medidas higiénicas para evitar su propagación y disminuir la mortalidad.

En prueba de este aserto, nos bastará citar un hecho que por haber ocurrido en Cádiz nos toca de cerca, es éste el siguiente: desembarcó en dicha ciudad un tripulante de uno de los buques que hacen escala en Oporto y Bombay, que se encontraba enfermo sin que el médico de á bordo hubiese diagnosticado la enfermedad; como el estado del paciente era gravísimo, fué conducido sin pérdida de tiempo al hospital, siendo á los pocos momentos de haber entrado en dicho benéfico establecimiento, reconocido detenidamente y examinado por el cátedrático de Patología médica de aquella facultad de Medicina y hoy de la nuestra, doctor González Prats, quien una vez con-

firmado el diagnóstico de peste bubónica, ordenó, de acuerdo con las autoridades, el más riguroso aislamiento y tomó las medidas oportunas para lograr que la enfermedad no se propagara, lográndole en bien de nuestro país, que así no tuvo que lamentar ninguna víctima del bacilo de Yersin.

La manera como el agente pestoso se propaga ha sido muy discutida por los bacteriólogos modernos más célebres, pues si todos ellos están conformes en apreciar la gran resistencia de que dicho agente está dotado, capaz de resistir durante varios días la acción de la luz y del ambiente, conservando su poder patógeno aun después de disecado y soportado impunemente, según Kasauaky, un frío de 31 grados bajo bajo cero de cuatro meses, no lo están al estudiar un punto de tanta importancia como es el de la propagación.

Sin embargo, parece que se llevan la razón los autores que afirman que la peste se propaga difícilmente por el aire y que el agua interviene muy poco en el desarrollo de la misma, y en cambio sostienen que el contacto directo con los enfermos, ó de los objetos contaminados, así como las ratas, ratones, pulgas y moscas, juegan un papel tan importante como el de los mosquitos en el paludismo; y hay hombres tan eminentes como Yersin, Weir, Simonet, Kitasato, Hankin y otros, que han llegado á sostener que la infección que nos ocupa es propia de las ratas y se propaga al hombre accidentalmente.

Esto, es, pues, el verdadero vehículo de la peste bubónica; pero se preguntará: ¿cómo el hombre, que ordinariamente no tiene el más pequeño contacto con dichas roedores, pueda ser presa del bacilo de Yersin que los mismos llevan y padecer la enfermedad?

Pues la explicación es sencillísima: no son precisamente las ratas ó ratones los que directamente contagian al hombre, sino que se establece un verdadero ciclo, y este es el siguiente: las ratas enfermas están llenas de pulgas, que se alimentan á costa de su sangre, en la cual pululan en abundancia los referidos bacilos, y una vez muertas abandonan sus cadáveres, y fácilmente pueden picar al hombre, depositando en el mismo cierto número de bacilos que son suficientes para determinar la enfermedad, en los productos excretados por el hombre contagiado se halla también el agente patógeno, y vertidos á las cloacas infectas á las ratas que por ellas moran, quedando así el ciclo cerrado. Las pulgas, según Netter,

—¡Es Fanobeta!... ¡Es mi hija!—exclamó oyendo de rodillas.

Está en efecto la Virolosa, como sin duda lo ha advertido el lector, y la pobre madre devoraba con sus caricias á su hija inanimada.

cuando las buenas señoras de Mereville y el señor Daniel Ladrage tuvieron noticia de mi situación y vinieron en mi auxilio.

Adquirieron esta casita, que perteneció en otro tiempo á la nodriza del difunto marqués, proveyéndola de todo lo necesario, y en ella viví tranquila, ahora sobre todo que mis protectores se han establecido aquí cerca, si mis recuerdos pudieran dejarme alguna dicha, alguna calma.

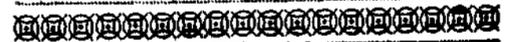
—Vaya, vaya, señora Bernard, no hay que quejarse,—dijo el oficial distraidamente,—por muy desgraciada que seas, aun podéis, como estais viendo, favorecer á otra más desgraciada que vos.

—Verdad es, ciudadano Vasseur; debemos aprender á resignarnos con la voluntad de Dios.

Durante este diálogo, no habian permanecido ociosas las dos mujeres.

La sirvienta se ocupaba en avivar el fuego y calentarlo vino, en tanto que la dueña daba frías á la mendiga en las manos y los piés, á fin de restablecer la circulación de la sangre.

De repente fijó su mirada en la viajera, cuyo rostro alumbraba la llama del hogar, y dió un grito sorprendente.



Las mujeres componían todo el personal de la habitación: una, joven, activa y robusta, estaba ocupada en escurrir quesos, producto de su industria, y parecía ser la sirvienta; la otra, de mucha más edad, de una fisonomía dulce y melancólica, estaba sentada